

Preguntas imprescindibles

Raúl Prada Alcoreza



Dejemos por un rato el *espectáculo político*, situémonos donde estamos, en el mismo lugar de la *experiencia* propia y social, y preguntémosnos sobre qué hacemos, qué hemos venido a hacer en el *mundo* que nos toca experimentar. Preguntas, por cierto, importantes, que nos colocan en la cuestión del *sentido* mismo del *ser*, usando este enunciado heideggeriano. No se trata de encontrar la respuesta *metafísica*, que resultaría no solamente abstracta sino una escapatoria al *sentido* mismo de la pregunta. Se trata de preguntas que apuntan al *tiempo perdido* y, por otra parte, a la *búsqueda del tiempo perdido*, por lo tanto, de la *recuperación del tiempo perdido*.

Lo que acabamos de decir asume que hemos *perdido el tiempo*; hemos *perdido el tiempo* en banalidades, en dedicaciones y prácticas ambiciosas, pero solo desde la *perspectiva ideológica* o si se quiere, más pragmáticamente, del *interés*. Al final, se hayan logrado o no los objetivos, el *problema* radica en la *insatisfacción*, si se quiere, para decirlo filosóficamente, en el *vacío*, en esta sensación de *vacío* o de inutilidad. ¿Para qué? ¿Para qué todo lo que se ha hecho? Si, al final, se descubre que lo que se perseguía no era más que una presentación ante los demás, al que hace de público o de *espectador* exigente, de acuerdo con los código, valores y prejuicios vigentes; se trata de actuaciones ante el exigente *público*. La vida vivida se resume a haber satisfecho la demanda del *público*, que quiere héroes, villanos, verdugos, víctimas. Un público que quiere asistir al *teatro de la crueldad*.

La vida de uno o de una se habría convertido en una constante actuación para los demás, para el *público* exigente. Claro que no se puede hablar del *público* en general, como si fuera uniforme y homogéneo; el *público* es *diferencial*, conforma distintos estratos,

ámbitos del espectáculo y del teatro social. En unos casos se exige *tragedia*, en otros casos se exige *drama*, en otros solo *diversión*, aunque ésta sea un jolgorio banal. Por ejemplo, para acercar las preguntas a lo concreto, ¿para qué enriquecerse de una manera desmesurada?, ¿qué se obtiene, llenar los vacíos existenciales? ¿Para qué concentrar tanto poder descomunal en sus manos?, ¿Qué se logra, el reconocimiento absoluto de la supremacía individual, la sumisión absoluta de todos los mortales? ¿Y con este dominio absoluto, institucionalizado, se llega a alcanzar la *felicidad* o más bien la desdicha inconmensurable? La trivialidad de estos objetivos, tan cotizados por el sentido pragmático y hasta oportunista de la gente, ¿nos muestra la opción adormecerte del autoengaño y la autocontemplación? Se trata de comportamientos *destructivos* y *autodestructivos*; del desenvolvimiento de la *voluntad de nada*, del vaciamiento mismo de la *experiencia social*, convertida en *historia*, la *narrativa* moderna, que reduce la memoria social a los *relatos* del poder.

A todas luces, lo que ha faltado, en las historias sociales, políticas, económicas, culturales, de la modernidad, es humildad y asombro, la capacidad de *aprender*. La *historia* moderna, si la desciframos, mediante una evaluación detenida y reflexiva, nos presenta a un *sujeto social hedonista*, enamorado de *sí mismo*, autocomplaciente, que se considera el *fin de la historia*, es más, el *fin de la evolución*. En dos lugares extremos de la población, el de los más ricos y el de los más pobres, la sociedad moderna se presenta como un fracaso de la *humanidad*. Por un lado, tenemos los excesos de la pornográfica abundancia; por otro lado, tenemos la demoledora escasez llevada al extremo de la inanición y la desnutrición. En ambos lados es elocuente la manifestación de la *infelicidad*, aunque se exprese de maneras opuestas y simétricas. No es que la *felicidad* se encuentre en el *punto medio aristotélico*, como algún pragmatismo o filosofía moral podría

pretender; esto sería una solución salomónica, pero solo *imaginaria* o *moral*. La *felicidad* no se encuentra en la abstinencia o el control de las compulsiones, tampoco en el equilibrio de la satisfacción de las *necesidades*. La *felicidad* no corresponde a la persistencia y disciplina de una terapia. La *felicidad* tiene que ver con el *regocijo existencial*, por lo tanto, *vital*; con el logro de la *satisfacción plena* de la *vida*, por lo tanto, del *vivir*. Para hacerlo fácil, podemos decir que la *felicidad* parece corresponder a la plenitud de un estado de ánimo, que solo se puede lograr en la *armonización integral* no solamente con la sociedad, sino con el *Oikos*, el planeta, también el universo y, quizás, el multiverso en sus distintas escalas.

Si hay algo constatable en las *historias* proliferantes de la modernidad, de los *ciclos* largos, medianos y cortos, en cualquier contexto que quisiéramos comprobarlo, mundial, regional, nacional o local, es la confesión de *insatisfacción*, la premonición de *fracaso*, a pesar de los logros tecnológicos y científicos; la sensación de *vacío*, incluso de *nausea existencial*. Puede encubrirse estas *certezas* con otras que, mas bien, hablan, de la *evolución*, el progreso y el *desarrollo* a saltos de las sociedades humanas. Sin embargo, las segundas suenan a *apología*, en tanto que las primeras aparecen como *huellas* hendidas en el *cuerpo*, donde no se encuentra a *sí mismo*, ni tampoco encuentra las respuestas a sus preguntas en la *historia*, escrita por los vencedores.

Nosotros creemos, como hemos expresado y expuesto, a lo largo de nuestras exposiciones, que hemos *perdido el tiempo*, que las sociedades humanas han *perdido el tiempo*. Las sociedades humanas se han dejado atrapar, durante la modernidad, por la *maquinaria fetichista ideológica*, con todos sus matices y formas de enunciación. Han perseguido objetivos cuyo fin era la exaltación de la grandeza

humana, por lo tanto, objetivos autocomplacientes, cantos de gloria; empero, muy lejos de la *inserción* de las sociedades humanas con las *dinámicas de la complejidad*, sinónimo de *realidad*.

Ahora, en el *presente* álgido, para resumirlo, de la *crisis ecológica* desbordada, por lo menos, los sectores más esclarecidos de la *humanidad* se dan cuenta que hemos destruido las *condiciones de posibilidad* de sobrevivencia de la humanidad. Entonces, constatan que las sociedades modernas han *perdido el tiempo* en *tramas ideológicas*, en usos restringidos de la revolución tecnológica y científica, a su *subsunción* a la *acumulación de capital*; artificialidad aritmética del incremento estadístico dinerario. También han *perdido el tiempo* en buscar sustituir la banalidad de la *acumulación abstracta* por la *acumulación del poder* en la *burocracia*, que se declara heredera de las "vanguardias revolucionarias", y solo llega al usufructo del prestigio para el beneficio del enriquecimiento de la *casta política socialista*. Hay más, pero se puede sintetizar que se ha *perdido el tiempo* en toda clase de fundamentalismos.

En adelante, ante los alcances de la *crisis ecológica*, no se puede seguir perdiendo el tiempo; es una *responsabilidad* buscar y recuperar el *tiempo perdido*. ¿Cómo se hace? Esta es la pregunta crucial. Como hemos dicho antes, parece urgente detener la locomotora desbocada de la *historia*. Suspenderse en esta marcha desbocada que llamamos *historia*. Meditar profundamente, colectivamente, socialmente, comparando, sobre la *geología* estratificada y sedimentada de las *experiencias sociales*, retomando *dinámicamente* sus *memorias colectivas*. En pocas palabras, es menester *comprender* lo que nos ha pasado. Por qué somos lo que somos en el momento presente. Quizás, a partir de esta *comprensión*, reírnos de nosotros mismos, de nuestras

pretensiones. Recuperar el humor, que es como la risa, lo que nos hace humanos. Relativizar toda pretensión *ideológica*, por cierto, antes religiosa; volvernos a reír de esta caricatura de ser los hijos de Dios, a imagen y semejanza de él. *El pueblo elegido*, que en el cristianismo se convierte en la *sociedad final*, la *humanidad*, elegida para glorificar al divino. El liberalismo ha desacralizado esta enunciación y la ha convertido en la proposición de que el *hombre* está destinado a *dominar la naturaleza*; el socialismo ha desacralizado esta enunciación y la ha convertido en el *fin de la historia*, mucho antes que lo hizo Francis Fukuyama, al decir que con el *socialismo* se comenzaba una poshistoria.

No se trata de afirmar que el liberalismo y el socialismo fracasaron, dos proyectos que se pretenden opuestos y hasta contradictorios, que para nosotros son *complementarios*; afirmar esto sería una trivialidad. Se trata de *comprender* que la *ideología* no puede sustituir a las *dinámicas de la complejidad*, sinónimo de *realidad efectiva*. Sobre todo, se trata de *comprender*, que las sociedades humanas forman parte de la constelación de sociedades orgánicas, forman parte de las *dinámicas ecológicas* planetarias. Entonces, de sopesar irónicamente las pretensiones modernas, pero, sobre todo, de *entender* que no solo formamos parte de las *dinámicas ecológicas*, sino que, ante la *crisis ecológica* provocada, tenemos la *responsabilidad* de *reinsertarnos* a los *ciclos vitales*.

Para algunos puede sonar, lo que decimos, a *romanticismo* trasnochado; pero, si es el caso, esta acusación, desprendida desde una visión "realista" y "pragmática", devela su profunda desolación. Primero, porque confiesa que no sueña, que no tiene *utopías*, que es como el *sentido* del *porvenir*. Segundo, porque devela que para esta

concepción la "realidad" se reduce al estrecho margen del *cálculo de costo y beneficio* o, en el mejor de los casos, al *pragmatismo* del *oportunismo*, en el buen sentido de la palabra; aprovechar las circunstancias para lograr los *finés* propuestos. Tercero, puede que haya cierta herencia *romántica*, que es como la *trama* imaginaria de la *voluntad* fáustica y transformadora, pero, la importancia radica en la *consciencia*, usando un término *racional*, mejor dicho, la *intuición*, de que pertenecemos a la *integralidad dinámica* de la *complejidad*, así como somos parte de la *sincronización integral* de las *dinámicas complejas* planetarias y cósmicas.

Recordando anteriores ensayos, no nos podemos reconocer en el *dualismo esquemático* simplón político, del *amigo* y *enemigo*, menos en el substrato del *esquematismo* dualista del *fiel* e *infiel*. Todos somos *víctimas* de un *sistema-mundo* que se ha conformado por las *genealogías* de la *economía política generalizada*, que valoriza lo abstracto y desvaloriza lo concreto. Aunque no se crea y se considere bondadoso lo que decimos, lo que parece más próximo a la *objetividad* de los hechos, sucesos, eventos y desenlaces, es que tanto los que se consideran, de acuerdo a las valorizaciones ideológicas, como *privilegiados*, y aquellos que se consideran como *condenados de la tierra*, son víctimas de una *heurística maquínica*, que inviste a unos como monstruos de la abundancia y a otros como monstruos de la escasez.

El deterioro profundo de la *humanidad* se vea por donde se vea, entendiendo el concepto de *humanidad* como la interpretación universal del *ser humano*, en pleno *renacimiento*, ha llegado a tocar las figuraciones más espantosas de la *decadencia*, que se pueden nombrar como figuras de la *inhumanidad*. Obviamente, nadie puede

estar, de ninguna manera, orgulloso de esto, de este vaciamiento del contenido humanista, como convocatoria cultural y subjetiva, de esta *degradación* abismal, que cae en la expoliación del *cuerpo* humano, en varias formas del *tráfico* de sus capacidades, atributos y órganos. El asesinato masivo de humanos, sobre todo, de *mujeres*, por parte de las formas de organización paralelas, no institucionales, del *lado oscuro del poder*, evidencia la *decadencia* humana en la modernidad tardía. No se puede presentar esta elocuencia de la *muerte* como daño colateral del “desarrollo” y del “progreso”; al contrario, son indicadores de que el “desarrollo” y el “progreso” son los logros de la depravación humana.

Cuando se llega a estas *situaciones* demoledoras y perversas, es cuando, es indispensable y urgente un *detente* en el camino; parar la locomotora desbocada de la *historia* y recomenzar otras rutas, sobre todo aquellas que nos ayudan a *reinsertarnos* en los *ciclos vitales ecológicos*. Hay un atributo reconocido en la *vida orgánica*, por lo tanto, también en el *ser humano*, es el que la *vida es memoria sensible*. Suponemos, que, por esto, esta constatación de la biología molecular, los *seres humanos* somos *memoria sensible*; la *inteligencia afectiva* nos retrotrae a la *efectiva realidad*. Es mejor, entonces, apostar a la *intuición afectiva*, que forma parte del *substrato* corporal, y no al *odio*, que forma parte provisional de los *efectos perversos* de las inscripciones del poder en los cuerpos sociales.

